

EPIFANÍA

Había llegado el momento. Desde el principio supe que esto era una posibilidad y, sin embargo, no me arrepentía de haber tomado la decisión. Durante estos últimos instantes, me acuerdo de aquella conversación que tuve hace tan solo unos pocos días atrás. La gente siempre se plantea cuál es la razón para vivir. No obstante, la razón para vivir no es lo verdaderamente importante, porque la vida por sí no debería tener una razón para ser vivida. Si la tuviera, una vez que esta cesara, nuestras existencias perderían a su vez cualquier tipo de valor. Lo realmente crucial es que la razón puede llegar a ser capaz de pesar lo suficiente como para morir por ella. A lo largo de toda mi vida me había enfrentado a numerosas situaciones en las que tuve que elegir entre la vida y la muerte, y entre las numerosas decisiones que tuve que tomar, ninguna nunca había sobrepasado el peso de la muerte. Hasta ahora.

Me encontraba al borde de un acantilado del que ni siquiera podía ver su final. Cuando te enfrentas a tal caída libre, sería una mentira decir que no sientes miedo, pero a la vez existía esa calma que uno solo es capaz de obtener cuando conoce la importancia de su tarea. La ingenuidad humana, y esa reafirmación que nos decimos a nosotros mismos de que nada va a pasar, es la que nos permite seguir adelante en algunas situaciones, aguantar a base de la esperanza en un futuro mejor. Pero también es la que nos empuja a hacer cosas que sabemos que pueden terminar mal, con la excusa de no, si eso a mí no me va a pasar. Por ello la psicología que estudia el porqué detrás de las decisiones que tomamos, siempre me había fascinado. Por qué hay personas que deciden ser soldados y arriesgar su vida por el cuidado de las personas; por qué hay voluntarios que viajan a países en guerra en misiones humanitarias; o cómo una pequeña niña consigue juntar todo su valor y encarar a los niños que están molestando a su amigo. Todas estas decisiones van en contra de la ley máxima de cualquier ser vivo, la ley de supervivencia, y nos llevan a situaciones donde nuestras propias vidas llegan a peligrar. Lo más llamativo es que esas decisiones han sido voluntarias, que nadie nos ha puesto ahí y que nosotros mismos ya sabíamos las consecuencias que podían conllevar, aunque de alguna forma u otra, el mundo siempre consigue sorprendernos.

Todas aquellas preguntas que pasaban por mi cabeza en los momentos previos a ese instante, habían ido surgiendo a lo largo de toda mi vida buscando una respuesta que nunca habían llegado a encontrar. Hasta que tuve que enfrentarme a un gigante. Cuando algo mucho más grande que tú se encara ante ti, pone todo tu mundo en perspectiva. Aquello que antes era grande importante, de repente luchó más pequeño, insignificante, y aquello que era pequeño, cotidiano, conocido, pasa de ser un mero peón a obtener el rango de reina en tu lista de prioridades. Cuando decidí emprender este camino, sabía que iba a ser difícil, incluso el propio hecho de poder empezar fue una batalla en sí misma. Entonces, teniendo en cuenta todas estas dificultades, ¿qué base podría ser lo suficientemente estable como para no derrumbarse a pesar de todos los proyectiles?

Me ajusto los guantes por una última vez, me pongo las gafas y abro la puerta. La unidad de cuidados intensivos para pacientes Covid del hospital me espera al otro lado de ella y entro sabiendo que, a pesar de todos los peligros, las bajas probabilidades e incluso los casos perdidos, no puedo parar de luchar. No por mí, sino por ellos, porque finalmente, la única razón que he encontrado suficientemente grande como para vencer a la muerte es la vida.